

Horcajo de Santiago, 10 de mayo de 1735

La calle estaba desierta. Sobre el húmedo suelo embaldosado solo se oía el repiquetear de unos zapatos andando a toda prisa. En la inmensa oscuridad, se podía vislumbrar una figura baja, andando apresuradamente hacia la última casa de la calle. Sólo unas cuantas farolas de aceite se veían a uno y otro lado de la calle. Los coches descansaban y los caballos dormían. Hacía poco, una tormenta conquistó la ciudad. Las gentes se habían quedado en sus casas alrededor del pacífico y tranquilizador fuego que ardía en sus chimeneas.

Herminia veía figuras difuminadas a través de las ventanas tapadas con cortinas de seda.

Cuánto deseaba estar al calor de una hoguera en una noche como aquélla. Pero había algo que se lo impedía, pero por el contrario, esa causa no la enfadaba. Su señora la había mandado a la casa del doctor Francisco. No había nada en el mundo para Herminia como su cariñosa y buena señora. Inés siempre la trató bien. Cuando Herminia se ponía enferma, Inés le ordenaba que se fuera a dormir y ésta nunca le hacía caso, al contrario, la ayudaba en lo que hiciera falta. Esta vez no era así. Era Inés la que estaba en la cama.

Herminia se acercaba con paso decidido a la casa del final de la calle. Al llegar a la puerta, llamó con los nudillos y se apartó el pañuelo que cubría su cabeza. El doctor Francisco abrió la puerta lentamente y vio a Herminia:

- Ya viene, doctor -dijo ésta con un tono de preocupación, aunque su cara irradiaba alegría.-

Inés ha roto aguas-Inés estaba embarazada de ocho meses y dos semanas.

El doctor Francisco cogió su abrigo y salieron apresurados hacia la casa de Inés.

Se levantó viento, un viento frío que congelaba hasta los huesos, Herminia no sentía nada.

Estaba inmersa en sus pensamientos y rezos, pidiendo por que el parto se diera lo mejor posible y por que las dos criaturas, madre e hijo, salieran con vida.

Inés y yo nos conocimos en una fiesta que dio mi madre con motivo del matrimonio de mi hermano mayor, Francisco. Fue una fiesta muy especial, ya que también celebramos la graduación de éste en la carrera de medicina. La fiesta fue muy larga y habían presentes muchas personas que yo no conocía: compañeros de mi hermano, amigos de mi padre, amigos de mi madre.. . Yo conocía a mis familiares y alguna persona más. Aburrido de la fiesta decidí irme a mi cuarto cuando entonces la vi llegar,

Llevaba un bonito vestido azul plateado. El pelo recogido en un moño. Iba acompañada de sus padres. Cuando me acerqué a ella la saludé y hablamos un rato. Mientras sucedía esto me pasaban imágenes por la cabeza, imágenes que sería imposible de describir en esta historia. Aunque no nos dimos cuenta, lazamos una gran amistad. Así pasaron los meses y un día decidimos casarnos.

Mientras se acercaban, vieron cómo aparecía entre ellos una casa de dos pisos, precedida por un hermoso jardín y, en una ventana de la planta superior, se veía una débil luz. Herminia abrió la puerta principal y al entrar, Francisco sintió un escalofrío. Un escalofrío provocado por los gritos de una mujer desesperada.

-Lleva así desde que salí a buscarle, doctor-puntualizó Herminia al tiempo que otro grito invadía la estancia.

Los dos subieron las escaleras y se dirigieron al cuarto del que procedían los gritos y las quejas de la mujer. Francisco abrió la puerta suavemente para no asustar a Inés. Ésta se dio cuenta y dejó, con mucho esfuerzo, de gritar.

El cuarto estaba iluminado con unas cuantas velas. En el ambiente se respiraba desesperación, alegría y un poco de tristeza. La habitación estaba caldeada por una pequeña hoguera que ardía en la chimenea. Acompañaban a Inés sus padres y mis padres.

-Hola Francisco.

-Hola Inés. ¿Cómo estás?

Hermínia ayudó a la otra sirvienta a acomodar a Inés para el parto.

A mi madre le agradó mucho la noticia, y pronto, empezó a organizar todos los preparativos.

Ella decidió que nos casaríamos en primavera, en mayo.

-Porque así todos los invitados podrán disfrutar la primavera y podremos celebrar la boda en el jardín- repetía una y otra vez mi madre cada vez que alguien le decía que la primavera era muy pronto.

Aún así, y es algo que a mi madre le sentó muy mal, celebramos la boda en otoño. A todos nos pareció bien porque tendríamos suficiente tiempo para preparar todo. Los padres de Inés nos ayudaron con todo lo que estaba a su alcance.

Francisco se enteró estando de viaje con su mujer y sus dos hijos, los gemelos Fernando y José. Toda su familia se alegró al enterarse de nos íbamos a casar.

Mientras mi madre se obsesionaba con la boda, Inés y yo la vivíamos y la organizábamos a nuestra manera. Un día invité a Inés a la ópera, a ver ballet ruso. Esa noche, los artistas nos obsequiaron con una representación del Cascanueces. A todos los presentes en el teatro nos sorprendieron y nos conmovieron.

Inés me repetía día tras día que me quería, y yo cada día la quería más. Nos regalábamos flores, besos y sonrisas. El tiempo pasó tan deprisa que de que nos dimos cuenta ya había llegado el otoño.

Francisco explicó a Inés lo que tenía que hacer. También ordenó a Herminia y Fermína que le trajeran unas toallas y agua caliente. Herminia pidió a Fermína que se quedara con Inés, mientras ella salió corriendo por la puerta de la habitación y al momento trajo un par de toallas y una palangana con agua.

El parto no fue fácil. Herminia y Fermína sujetaban a Inés mientras ésta les apretaba las manos y a la vez hacía toda la fuerza que podía para dar a luz.

Por su cabeza pasaban muchos recuerdos. Nos veía a los dos juntos, paseando, cuando aún no estábamos prometidos. Se imaginaba con sus otros dos hijos, paseando y jugando en el parque con Herminia y Fermína. Veía momentos muy románticos y alegres de su vida.

Llegó el gran día. Mi madre estaba nerviosa porque mi padre aún no se había vestido para la ocasión.

-No te preocupes, mamá la tranquilizaba yo, seguro que ya está al caer.

Mi madre entraba en muchas ocasiones en momentos de angustia, y este fue uno de los momentos más angustiosos de su vida.

Allí estaban todos: mi hermano Francisco, su mujer, sus hijos; los padres de Inés, todos sus familiares; algunos de nuestros amigos, y al final de la alfombra aterciopelada, Inés.

Fue una ceremonia muy bonita y acompañada de las lágrimas de mi madre. Todos los presentes nos felicitaron, nos dieron la enhorabuena y nos desearon suerte.

Mientras Inés recordaba, ya no sentía dolor ni angustia. Dejó de sudar y de gritar. Entonces, ese momento de alegría, excitación y felicidad, quedó roto por el llanto de un bebé recién nacido que ha sido expulsado de su tranquilidad y cobijo.

-Es un niño, - anunció Francisco- un precioso niño.

Por las mejillas de Inés corrieron dos lágrimas cristalinas, casi imperceptibles, pero que yo ví con claridad. En ellas se reflejaba alegría y tristeza, y otro montón de sentimientos contradictorios.

Herminia cogió al bebé. Lo lavó lo mejor que pudo con una toalla yagua y se lo dio a Inés.

-Lorenzo, se llamará Lorenzo. A Juan le gustaba ese nombre.

Entonces, dos lágrimas corrieron por mis mejillas.

Herminia y Fermina abrazaron a Inés y las tres mujeres se fundieron en un abrazo.

Mi madre empezó a llorar y la madre de Inés la abrazó. Mi padre y su padre se dieron la mano. Los cuatro fueron a besar a Inés y se llenaron de felicidad.

Al acabar la ceremonia, todos fuimos al jardín de casa a comer. Allí todos estaban contentos y celebraban nuestro matrimonio.

Me recordaba mucho a la boda de mi hermano Francisco, pero ahora la veía de una forma distinta, ahora era yo el protagonista.

Francisco y yo hablamos durante mucho tiempo, yo no recordaba una conversación así.

Tanto él como yo estábamos contentos.

Entonces llegó un día aún más feliz. Inés y yo dimos la fantástica noticia de que estábamos esperando nuestro tercer hijo.

-Juan estaría muy orgulloso de estar aquí-dijo Francisco.

-Lo sé. Pero aunque no esté aquí, sé que me quiere y me desea lo mejor.

Y entonces yo, le lancé un beso, que sé que Inés lo sintió. Yo no lo acompañaba. Yo no estaba con ella. Pero tanto ella como yo, sabíamos que no estaba sola y que la acompañaría desde aquí hasta que ella viniese conmigo.